

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

4
30
cts.



TONY D'ALGY

COLETTE
DARFEUIL

EDICIONES DISTAGNE

UN PROVINCIANO EN PARIS

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año III Francisco-Mario Bistagne NÚM. 93

*EAU, GAZ ET AMOUR A TOUS LES
UN provinciano en París*

Película hablada y cantada en francés

Según la obra de Roger Lion

Interpretada por

Tony D'Algy, Colette Darfeuil, Georges Tourrell, Marienne Cantrelle, Pierre Juvenet y Georges Colin



Exclusiva de

CINEMATOGRAFICA ALMIRA, S.A.

Rosellón, 210

BARCELONA

POSTAL-REGALO: IRENE DUNNE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

US LES
ETAGES
1930

Un provinciano en París

Argumento de la película

En el cabaret "Florida", uno de los alegres lugares del típico y bullanguero Montmartre, actuaba la famosa danzarina Gaby Sauterelle.

Era todas las noches extraordinariamente aplaudida, no sólo por su arte, sino por su magnífica e incitante belleza.

Aquella noche, mientras ella cantaba en el gran salón de fiestas, se hallaban en uno de los reservados del cabaret, Gerardo del Prado y varios amigos.

Gerardo era soltero, rico, calavera y el amor actual de Gaby.

La fiesta transcurría de excelente humor, gracias al champaña derrochado... Se reía, se bailaba, las horas volaban con la rapidez y la belleza de los cohetes luminosos.

Gaby, después de su actuación, entró en el

reservado y la fiesta prosiguió con extraordinaria alegría, terminada de pronto de un modo fulminante por algo inesperado y a todas luces absurdo.

—Amigos míos—dijo Gerardo, con una sonrisa miedosa—. Os he reunido esta noche para daros una gran noticia...

—¿Sobre qué?

—Yo, Gerardo del Prado, a las dos de la madrugada, os anuncio que...

Se detuvo, contempló con timidez a Gaby, y luego prosiguió:

—... que dentro de un mes podréis asistir a mi boda.

—¡Qué oigo? ¡Oh, traidor! ¡Oh, traidor!— dijo Gaby, cayendo presa de un ataque de nervios.

Acudieron a auxiliarla. La artista gritaba bajo la exasperación de la sorpresa, y Gerardo aprovechó la ocasión para escapar.

Gaby era una mujer interesante, muy excéntrica, muy apropiada para amiga, pero a Gerardo le había llegado la hora de sentar la cabeza... Se casaba con Mariana, una muchacha bonita y buena y en lo sucesivo debía ser un buen marido y jefe de un hogar.

Quedó unos momentos en el gran salón del cabaret, donde una violinista tocaba y cantaba un vals de amor titulado: "¿Quieres?"

Gerardo se sintió saturado del fino sentimiento que emanaba de la canción y salió del cabaret pensando en la alegría de casarse, de reconstituir su vida, librándola de todas aquellas fri-

volidades y perversidades que hacían casi inútil su juventud.

Seis meses después, Gerardo era feliz en la dorada jaula de su hogar. Se había casado con la rica provinciana Mariana y se encontraba en el mejor de los mundos.

No había vuelto a ver a Gaby desde entonces y no tenía ganas de ello.

Se hallaba aquella tarde en su casa, cuando Mariana, vestida en traje de calle, le dijo:

—Voy a casa de la modista... Daré fiesta a los criados y cenaremos en el restorán. ¿Te parece?

—Encantado, Mariana... Comprendo que se acerca... la mitad del aniversario de nuestra boda.

—Seis meses ya!

—¿Te arrepientes?

—Ni pensarla, vida.

Mariana al marchar, dijo a los criados:

—Esta noche la tienen ustedes libre... No les necesitamos.

—Gracias, señora.

Salió Mariana, y los criados no se hicieron repetir la invitación, marchando precipitadamente a divertirse en alguno de los innumerables lugares de París.

Una hora después y en ocasión en que Gerardo se hallaba solo, estudiando unos documentos relacionados con la herencia de un lejano pariente, asunto que le llevaba el notario Bonichón, llamaron a la puerta.

El joven fué a abrir y se encontró frente a frente con Gaby Sauterelle, su antigua amiga, hermosa como siempre y con una sonrisa incitante capaz de quitar el sueño al más dormilón.

—¡Tú aquí! —le dijo, sorprendido.

—¡Qué casualidad, Gerardo! Te prometo que no venía por ti... Precisamente vengo a esta casa por alquilar un piso y me encuentro contigo. ¿Es que eres acaso el propietario?

—No. El dueño vive abajo.

—Chico, ya no me interesa el alquiler... No quiero estar tan cerca de ti... Tu mujer me mataría si sospechase.

—Pero, Gaby, no hablemos del pasado...

—¡Qué malo has sido para mí, Gerardo! —le dijo ella, pues eterna caprichosa, después de haber recorrido su amor toda la escala social, quería volver a las andadas con Gerardo. — Sin acordarte de mí, desde que aquella noche en el cabaret me diste el pasaporte y quedé accidentada!...

—No había otro remedio.

—Tonto! ¿Y qué importa casarse?... Mira, casi me dan ganas de pedirte que volvamos a ser amigos.

—Pero, Gaby, por favor... considera que soy casado... que puedes destruir la paz de mi hogar... que de un momento a otro se puede presentar aquí mi mujer.

—¿Tu mujer? ¡Ah, me gustaría conocer quién es la señora que logró desbancarme! ¡Es gracioso! A mí, por quien se matan los hombres.

Sonó el timbre.

—¿Ves? ¿Quién será ahora? Me pones en un compromiso—dijo Gerardo, yendo a abrir.

—¿No tienes criados?

—Están fuera... Salieron...

Nervioso fué a abrir la puerta y vió a Mariana que entraba sonriente y feliz.

—¡Hola, queridito! Ya estoy de vuelta... Pero, ¿quién es esa señora?—dijo, señalando a Gaby.

Gaby sonreía contemplando con desdén a Mariana, que no le parecía ni pizca de bonita.

—Pues... es... es... la señora de Bonichón, la esposa de mi notario—exclamó Gerardo, soltando lo primero que le vino a las mientes.

—Tanto gusto... Yo soy la esposa de Gerardo del Prado. ¿Cómo está usted, señora?

—¡Bien, gracias!—respondió la artista con cierto retintín y extrañeza al verse elevada a la categoría de señora casada.

—¿Y qué se le ofrece?

—Pues...

—La señora de Bonichón ha venido a buscar unos documentos por encargo de su esposo—dijo Gerardo.

—¡Muy bien! Encantada de conocerla...

Gerardo hacía señas a Gaby para que se despidiera, pero ella parecía ahora muy divertida con la farsa, y no tenía prisa en marchar.

Volvieron a llamar.

—Perdone... Hoy he dado fiesta a mis criados—dijo Mariana, yendo hacia el recibidor.

Entró un caballero ya de alguna edad, vestido de oscuro, con sombrero de media copa y el

severo aspecto de un funcionario de justicia.

—Soy el notario Bonichón, señora—dijo con una fina sonrisa.

—¡Pase usted!... Su esposa está en casa...

—¡Mi esposa aquí!—dijo el notario sorprendido—. ¡Imposible!

—Pase y la verá.

Bonichón estaba desconcertado. ¿Pero qué se le habría perdido a la grave señora Bonichón en casa de aquel cliente? ¡Si no le conocía siquiera!

Alarmado y curioso entró en el salón, donde disputaban en voz baja Gaby y Gerardo.

—Señora Bonichón, aquí está su esposo—dijo Mariana.

Gaby contempló extrañada a aquel viejo funcionario y a punto estuvo de soltar una carcajada al verse unida de por vida con aquel hombre. ¡Qué gracia! La farsa iba a tener nuevas variaciones, derivaciones insospechadas. ¡Pues adelante con ella! Era interesante hacer rabiar a Gerardo y ponerle en un compromiso tras otro.

—¿Pero, usted, señora...? Aquí hay un...—dijo el notario.

No pudo acabar de pronunciar la frase... Gerardo le cogió por un brazo y le hizo salir de allí en su compañía.

—Perdonen, tengo algo urgente que hablar con mi notario.

Llegaron a una salita contigua, y Gerardo, angustiado, explicó:

—Sálveme, Bonichón... esa mujer es una an-

tigua amiguita mía... Ha venido a verme y la he hecho pasar por la esposa de usted para no dar que sospechar a la mía.

—Bien... bien... pero si mi mujer se entera... ¡adiós vajilla!

—Sea generoso.

—Lo haré. También en otro tiempo yo he sido joven y gallardo.

—Es cuestión sólo de media hora. Mientras esté usted aquí de visita pasará por el marido de Gaby...

—Pero, cuidado, amigo Gerardo... Yo también soy casado y mi mujer... es de cuidado...

—No se preocupe. Salen juntos, y ya en la calle se despiden o hace usted lo que le dé la gana.

—El asunto es peligroso... pero usted es mi mejor cliente y además esa Gaby es una delicia de mujer. De buena gana la cambiaba por la mía.

—Haría usted un mal negocio.

—¿Por qué?

—Porque le sería infiel.

—Ya veríamos.

—Bueno, volvamos al salón.

Regresaron a la salita donde Mariana y Gaby parecían haber simpatizado y la bailarina enseñaba a su nueva amiga unos pasos de baile.

Gaby no tenía deseos de marcharse... Se rió mucho del notario y aun estampó varios besos en su calva reluciente. Gerardo estaba furioso.

Y de nuevo volvió a sonar el timbre y Mariana tuvo que ir a abrir. Otra complicación.

Llegaba el tío Marius, un solterón de provincias, presumido y ridículo, con bigote de largas y rizadas guías.

—¡Hola, sobrinita! ¡Deja que te abrace!

—¡Tío! ¡Qué sorpresa!

—¿Dónde está Gerardo?

—¡Pase! ¡Pase!

Entraron en el salón, y Marius, abriendo los brazos, exclamó risueño:

—¡Salud a todos!... Soy Marius... el tío de Mariana... y de Marsella.

—¿Cómo está, tío?—preguntó Gerardo, más inquieto aun al ver que tenía que prolongar la farsa.

Vióse en la precisión de presentar al notario y a su supuesta esposa. Gaby se reía, se reía... Le hacía gracia aquel tipo provinciano.

Marius estrechó la mano de todos, y la boca se le hizo agua al apretar la de Gaby. ¡Vaya mujercita, señor notario!

—¡Os invito a todos a comer!—dijo con su franca brusquedad mediterránea—. Mañana regreso a Marsella... También invito al señor Patachón...

—¡Bonichón!—rectificó éste, paciente.

—Perdone si le cambio el apellido. Patachón, Conichón, Marrachón... No tengo memoria.

—No podemos ir—dijo el notario...

—¿Cómo que no?—exclamó Gaby, con el anhelo de proseguir la comedia y seguir haciendo pasar malos ratos a Gerardo—. Señor Marius, mi esposo y yo aceptamos encantados la invitación...

—¡Gracias!... ¡Ah, señor Carachón!... ¡Qué esposita la suya!... ¡Estupenda!

—¡Mucho!

—¡Pues vámonos en seguida!

Gerardo quiso alegar alguna excusa, pero su tío Marius no se lo permitió y Mariana le riñó por no querer aceptar la invitación del tío. Era un desaire. Había que ir de todas maneras.

Y poco después salían los cinco personajes de la farsa. Marius y Mariana, inocentes del todo, Gerardo, furioso por la frescura de Gaby, ésta risueña y alegre como nunca, dispuesta siempre a tomarse la vida por el lado color de rosa, y el notario, señor Bonichón, rechazando los últimos escrúpulos de su conciencia para sentirse verdadero esposo de aquella mujer rubia y monísima, capaz de sorberle el seso.

* * *

Y por voluntad de Gaby, el cabaret "Florida" fué el lugar elegido para la cena.

Tomaron el reservado número 22, el mismo reservado que antaño había conocido las alegrías horas de amor de Gaby y Gerardo.

Y al volver a poner los pies en aquella salita, Gerardo se sintió conmovido y los recuerdos sabrosos acudieron a su imaginación... Y como era de pasta humana y frágil, volvió a sentir la tentación de los otros días, y le volvió a parecer Gaby la más seductora y arrebatadora de las criaturas... ¡Ah, tenía unos deseos de probar otra vez si sus labios seguían besando tan bien!

La cena transcurrió deliciosa, bañada con

abundante champaña y siendo Gaby ampliamente obsequiada por Bonichón y Marius, los dos hombres que sentían tentaciones muy de juventud al lado de la rubia criatura.

Ella se reía, jovial, satisfecha, bromeando



Mariana estaba encantada...

con su supuesto marido, besándole en la calva y dejándole en ella la huella roja de sus labios.

Mariana estaba encantada con la compañía de la señora Bonichón, sin sospechar, ni por asomo, que la estuviesen engañando.

Entretanto, en el gran salón, se sucedían las

atracciones ante el público numeroso que ocupaba las mesas.

Artistas de canto y baile, cantadores argentinos, bailarinas inglesas y españolas, toda la colección del alegre mundo del music-hall.

Una de las mesas estaba ocupada por un joven y dos muchachas a las cuales él besaba de vez en cuando apasionadamente... Los tres reían... El champaña se les subía a la cabeza.

Uno de los criados comentó al oído del otro:
—Aquel jovencito se divierte de lo lindo.
—¿No le conoces? Es el hijo del notario Bonichón.

—¡Con lo serio que es su padre!...
—La actual generación está perdida.

Seguramente de haber entrado en el reservado 22 habría hablado de otra manera, pues Bonichón bailaba ahora con Gaby y la alegría más desenfrenada reinaba allí, con excepción de Gerardo, que hubiera deseado terminar con aquella mentira que, a cada momento, temía se descubriese, echando a rodar el edificio de su felicidad conyugal.

Entró un criado e hizo una seña a Gaby, ya advertido anteriormente por ésta. Se acercaba el momento en que Gaby debía actuar en el salón.

La artista se levantó y dijo que iba al tocador... No tardaría en volver. Quería evitar que se descubriese su verdadera personalidad.

Riendo se marchó hacia su camarín, donde se cambió de traje y compuso cuidadosamente su maquillaje.

Gerardo, que sospechaba a lo que había ido la joven, salió un momento del reservado, dirigiéndose hacia el camarín de la artista, y la mujer encargada de la vigilancia del corredor le dejó entrar libremente, pues le conocía de antiguo.



—Ya estoy harto de tus audacias, Gaby.

—Ya estoy harto de tus audacias, Gaby... No debías haber aceptado la proposición de mi tío de venir a cenar... ¿Es que te has propuesto perderme? —le dijo.

—¡No seas tonto!... Divertirme un poco y nada más, eso es todo. Y agradécame que no tome las cosas por lo trágico... Mira, aquí tienes mi dirección. Ven a verme y firmaremos las paces.

—¡Poco me importa tu dirección!... ¡Hemos terminado!...

—¡Pero, Gerardo, rico!

Con sus zalamerías acabó rindiéndole. Y él que se encontraba en un momento propicio para evocar el ayer, tomó la tarjeta y le prometió ir a verla al día siguiente, aunque fuése infiel a su mujer.

En el corredor se topó con el tío Marius que había salido para ir al lavabo. Creyendo que Gerardo volvía del mismo, entró tranquila y equivocadamente en la estancia de Gaby.

Ella, que se hallaba vistiendo, acogió con grandes risas al simpático marsellés.

—¡Oh, señora Bonichón! ¡Usted dispense! Pero, ¿qué hace aquí?

—Amigo mío. Yo no soy la señora Bonichón... Le explicaré... Soy Gaby, artista de este cabaret.

—¡Es sorprendente! ¡Nunca lo hubiera podido pensar! Pero, ¡ah! tiene usted razón. ¡Es usted demasiado bonita para ser la esposa de un notario como Bonichón!

—¿Verdad que sí? No diga usted nada a nadie, ¿eh?

—Ni una palabra.

—¡Tome esta tarjeta, vaya por la tarde a verme a casa... y no se arrepentirá!—le dijo con la idea de que el provinciano guardase silencio ante la posibilidad de una hora de amor...

—¡No una... mil veces la visitaré, Gaby!

Le besó varias veces la mano y marchó feliz,

rejuvenecido, ante aquella aventura del París siempre maravilloso y alegre.

En el mismo corredor encontró al notario Bonichón que iba igualmente al lavabo y que distraído llevaba aún la amplia servilleta colgada del cuello.

Se saludaron sonrientes, Marius, sin decir palabra, se metió en el reservado número 22.

Bonichón se encontró de pronto frente a frente con Gaby, que se dirigía al escenario a bailar.

Ella sonrió y le hizo entrar rápidamente en el camarín.

—¿Qué desea, querido?

—Pero, ¿por qué se ha ido usted de nuestro lado?

—Soy artista de este cabaret... voy a actuar de un momento a otro.

—¡Ah, me ha trastornado usted el seso, amiguita! Dígame que esta vez no será la última que nos veamos.

Con el deseo de que la dejarasen en paz, ella le dió su tarjeta.

—Aquí tiene usted mi dirección. Venga a verme y charlaremos. Pero ahora, adiós.

—¡Adiós, maravilla!

—¡Adiós, buen mozo!

Contento como unas pascuas, el notario salió del camarín... De pronto vió en el pasillo a su hijo en amable charla con una tanguista.

—¡Zambomba! ¡Mi hijo aquí!—murmuró horrorizado.

Y cubriéndose el rostro con la servilleta, pa-

só ante él sin ser reconocido.

El joven se echó a reír al ver pasar a aquel hombre, que indudablemente debía estar chisgado.

El notario tropezó y cayó al suelo, pero cubriéndose de nuevo la cara, entró en el reservado donde se hallaban Mariana, su tío Marius y Gerardo.

Mariana parecía demostrar gran extrañeza por la ausencia de Gaby.

—Voy a ver lo que le ocurre a la señora Bonichón—dijo—. Tarda mucho.

Pero no la dejaron salir, temerosos de que se descubriera la verdad de la dama. Debía haber encontrado alguna persona amiga y de ahí el retraso en volver.

—¡Es muy parlanchina!—comentó el notario riendo.

Entretanto, Gaby había actuado con el éxito de siempre y había vuelto a su camarín, cambiándose rápidamente de ropa. Al salir para dirigirse hacia el reservado, donde esperaban su supuesto esposo y sus amigos, se encontró con el hijo del notario al que conocía de verle como cliente de la casa.

—Gaby, ¿dónde vas tan aprisa?

—¡Déjame ahora! Ya sabes mi dirección... Adiós!

—¡Pero, Gaby!

—No puedo atenderte.

Bruscamente se desprendió de sus brazos y entró en el reservado número 22.

Al muchacho le extrañó la prisa de aquella

criatura, ella que siempre había ido con calma.

De pronto recogió del suelo un brazalete, que reconoció era de Gaby.

—¡Ah, pues él entraba para entregárselo, y de paso averiguar qué clase de juerguecita era aquella!

Entró y vió atolondrado a su padre que estaba bailando con Gaby Sauterelle.

Se hallaban también otras personas completando la alegre fiesta.

La presencia del joven sorprendió a todos, pero al notario de una manera especial. Hubiera deseado que la tierra se lo tragase vivo.

—¡Papá!—dijo el joven abriendo unos ojos tamaños al ver allí al respetable autor de sus días, al hombre que apenas salía de noche si no era para ir a una conferencia de las que hacen dormir...

—¡Muchacho!

Mariana miró al joven recién llegado, y luego dijo a Gaby:

—Pero, ¿ese joven es hijo suyo, señora Bonichón?

—De mi primer matrimonio—respondió la artista riendo.

El hijo de Bonichón con esos estúpidos ojos con que se contempla lo incomprendible, miraba ora a su padre, ora a su supuesta mamá... ¿Qué demonios quería decir todo aquello? ¿Es que se habían vuelto todos locos?

Gaby le dijo en voz baja:

—Disimula. Cuando vengas a verme te lo explicaré todo,

—¡Ah, bien!

Su padre se le acercó y le dijo:

—Ni una palabra a mamá de todo esto...

¡Por favor!

—¡Descuida, papá! ¿Pero quién iba a decir que tú?...

—Ya te contaré más tarde...

Y de nuevo volvió a reinar la alegría en el reservado, devorando los cuatro hombres a Gaby con el anhelo de irla a visitar al día siguiente para saber cómo era el aroma de sus labios. Algunos lo sabían ya...

Mariana, la esposa de Gerardo, continuaba inocente de todo, sin saber, la infeliz, que todo el mundo la estaba engañando.

Muy de madrugada terminó la fiesta. Gerardo, su esposa y su tío marcharon a casa, Gaby a la suya, y Bonichón y su hijo a su hogar. Pero éstos no quisieron llegar juntos. Era preciso evitar que mamá pudiera conocer aquella escapatoria, única en la vida fidelísima del notario.

* * *

Pero aquella mañana, después de dormir poco y mal los excesos de la juerga, el notario señor Bonichón, se vió en el amargo trance de tener que dar explicaciones a su mujer.

La tal señora, además de ser muy dura de inteligencia, lo era también de oído, y para este último remedio, acostumbraba emplear una trompetilla.

—¡Cuéntame! —le decía con severidad—. Quiero saber cómo pasaste la noche.

—Pues nada de particular. ¿No sabes que ayer era la reunión del Colegio de Notarios?

—¡Ah, sí!

—Hubo discursos... Yo pronuncié uno que...

—Sigue.

—Pues verás... Se abre la sesión... El presidente me concede la palabra. Yo comienzo: Señores: todos conocéis mi carácter y amor a las buenas costumbres...

Y el notario hizo una exposición detallada de su supuesto discurso.

—Y el colegio entero me tributó una ovación. Soy un buen orador. Están muy contentos de mí.

La sorda esposa del señor Bonichón quedó complacida de las declaraciones de su marido, quien aquella tarde, simulando un trabajo extraordinario, salió, manifestando que no regresaría probablemente hasta muy tarde.

Ya en la calle respiro feliz. Iba a pasar por su despacho para firmar lo más urgente y luego se dirigiría a una peluquería a afeitarse y perfumarse, a fin de estar apropiado para las agradables horas que le esperaban en casa de Gaby Sauterelle.

El tío Marius, por su parte, se preparaba igualmente para ir a visitar a Gaby...

Había ido a una de las mejores peluquerías de la capital y después de afeitarse se hizo rizar el bigote, de guías finas y enhiestas.

—Cuidado con mis rizos, ¿eh?... Son la ten-

tación de las damas... Las enloquezco y en el manicomio no caben más.

—¿De veras, señor? —dijo el Fígaro.

—No puedes figurarte. Los de Marsella somos terribles para las señoras frágiles... Hay una especialmente que la tengo frita...

Y se relamió los labios de gusto ante las interesantes escenas que sin duda le esperaban.

Aquel atardecer, Mariana, la confiada esposa del señor Gerardo del Prado, se dirigió a casa del notario señor Bonichón a fin de entregarle unos documentos que el notario se había descuidado el día anterior en su visita.

Gerardo se hallaba fuera e ignoraba el paso que inocentemente iba a dar su esposa.

La verdadera señora de Bonichón recibió amablemente a aquella dama y le preguntó qué se le ofrecía.

Mariana, que, naturalmente, creía que la esposa del notario era la jovevn con la que había cenado en el cabaret, contestó sonriente:

—Perdone, pero usted será la madre del notario señor Bonichón, ¿verdad?

—¿Cómo dice? No oigo bien. Como tengo un pequeño defecto en el oído...

Se armó de la trompetilla, y Mariana aplicando los labios a ella, dijo:

—La encantadora Gaby, esposa del señor Bonichón, debe haber salido, ¿verdad?

—No comprendo —dijo la dama con extrañeza—. ¿Qué está usted diciendo, señora?

—El señor Bonichón es un hombre encantador, alegre... ¡Nos hemos hecho muy amigos!...

¡Si le hubiera visto en la fiesta de anoche!

La señora Bonichón la escuchaba en silencio, casi horrorizada. ¿Pero qué demonios decía aquella mujer?

Mariana, sin comprender lo que le pasaba, continuó, entregándole unos papeles:

—El señor notario dejó olvidados estos documentos y vengo a devolvérselos. ¡Pobre señor! ¡Cómo los estaré buscando! ¡Ah, la fiestecita de ayer fué magnífica y tenemos deseos de repetirla! ¡Su esposa es tan simpática!

Esta vez la Bonichón no pudo más y esgrimió la trompetilla como si fuera una espada.

—¿Cómo es posible todo lo que está usted diciendo?... ¡La señora Bonichón soy yo!

—¿La madre?

—¡Qué madre ni que niño muerto, si mi Bonichón es mayor que yo! Soy su mujer, su legítima mujer y ya me está usted contando inmediatamente todas esas trapisondas que hicieron anoche!

—Pero usted es su esposa? ¿Usted?

—Vea aquí mis retratos de bodas. ¡Me parece que más claro!...

Le mostró la fotografía de ella y del notario el día que les unieron en matrimonio.

¡Ah, ya Mariana no tuvo duda alguna! Y pasó por su corazón el presentimiento de que Gerardo también la estaba engañando. ¡Acaso él y Gaby tenían algo que ver! ¡Ah, ¿no había sido él, el mismísimo Gerardo, quien había presentado a Gaby como la esposa de Bonichón?

¡Qué infamia! Sin duda ella era engañada,

tan burdamente traicionada como la pobre señora del notario.

—¡Señora mía! —murmuró—. ¡Qué hombres tan infames! ¡Qué pandilla corre por ahí! ¡Nos están engañando a usted y a mí y a todas! ¿Quién sabe si en este mismo momento?... ¡Oh, Gerardo me dijo que hoy seguramente volvería tarde porque tenía una importante cita de negocios.

—¡Y a mí Bonichón me dijo algo parecido! ¡Sus sospechas son fundadas, señora! ¡Nos están engañando a las dos!

—Si pudieramos sorprenderlos!

—Pero, ¿cómo?

—No sabemos dónde vive.

—Buscaré en el escritorio... Acaso encuentre alguna dirección.

La señora Bonichón registró afanosamente el escritorio, y por fin en uno de los cajones encontró una tarjeta con el nombre y dirección de Gaby Sauterelle.

La tarjeta la había dejado allí distraídamente el hijo del notario... Pero ellas, creyendo que era Bonichón, padre, quien la había guardado, se decidieron a ir a aquella casa para sorprender "infraganti" a cualquiera de los dos maridos.

Y mientras la señora de Bonichón se arreglaba velozmente para dirigirse a sorprenderles, Mariana, sentada en un rincón, lloraba la primera traición de su marido.

* * *

La bella y exquisita Gaby Sauterelle espera-

ba aquella tarde algunas visitas... La que aguardaba con mayor ilusión era la de Gerardo, su ídolo...

Vestía un magnífico pijama de seda que ha-



Sentada sobre unos cojines...

cía más firmes e insinuantes las líneas soberbias de su cuerpo.

Sentada sobre unos cojines, cerca del amplio y magnífico lecho, departía amablemente con su doncella, su confidente en todas sus historias de amor.

De pronto sonó el timbre de la puerta. La primera visita.

Un criado japonés franqueó la puerta y apareció Gerardo del Prado, con un gran ramo de flores.

Entró en la suntuosa alcoba de la artista y la doncella se alejó, sabedora de que no estaba bien su papel de testigo.

Gerardo estrechó entre sus brazos a la artista, inundándose de su tibio perfume.

Aunque él amaba a Mariana y no quería abandonarla, era hombre débil...

—Gaby, después de una larga temporada sin estar solos, ¿merezco tu perdón?

—No te he olvidado nunca a pesar de lo malito que has sido para mí.

—La vida manda, pero tu recuerdo no muere.

—¡Chico, qué elocuente! ¡Pareces un poeta! Y que, ¿cómo ha probado la nochecita en el "Florida"?

—Encantado... y deseando que otra vez la fiesta sea sólo entre tú y yo.

Se había sentado junto a ella. Gaby le estrechó entre sus brazos y le dijo muy amorosa:

—Supongo que no volverás a olvidarme, Gerardo.

—Nunca.

—¿Te acuerdas cómo nos conocimos?

—Ya lo creo... Yo te dije: "Señorita, la ofrezco mi coche".

—“¿Por quién me ha tomado usted?”—respondí yo—. “Soy todo un caballero” me contestaste muy seriamente... “Pues, entonces... subo”, dije yo. ¿Te acuerdas? ¡Qué gracioso!



—*Supongo que no volverás a olvidarme.*

Pero tú ahora no mereces que te haga el menor caso. Te has casado, quizás pronto vas a ser padre de familia, ya te has apartado de mí...

—No hablemos de eso! Aqueello es lo serio, lo tuyo la espuma de la vida.

—Ah, hombre inmoral! ¡Bonitas teorías!

Entró precipitadamente la doncella anuncian-
do que había llegado el señor Bonichón.

—¿Pero citaste a ese hombre aquí? —dijo
Gerardo furioso.

—No tuve otro remedio. Temí que, si no, lo
descubriera todo... Corre a ocultarte... Procura-
ré despedirle lo antes posible.

—Ya nos estorban la tarde.

—¡Anda! ¡En seguida!

Gerardo, disgustado, se ocultó detrás de unos
cortinajes, y momentos después entraba ufano
y satisfecho con un bouquet de rosas en la ma-
no, el severo notario señor Bonichón, la calva
más reluciente que de costumbre.

Gaby simuló hacer el papel de ingenua, y co-
menzó a leer un libro de poesías.

—¡Gaby, nunca he sido tan feliz como en
este momento! —dijo el notario, emocionado—.
Usted me ha hecho nacer a una nueva vida...

—¡Guasón!

—¡Estoy loco por usted! —dijo, pretendien-
do besarla, caricia que ella esquivó gentilmente.

—¡Déjeme, Bonichón!

—¡Oh, Gaby, no sea usted cruel! ¡No me
deje usted a las puertas del cielo!

Reapareció la criada, asustada y temblorosa.

—Señorita, está el señor Marius Pitouchín,
de Marsella.

—¡El provinciano!

—¿Pero cómo viene ese hombre aquí? —di-
jo el notario.

—No pregunte usted... Tuve que invitarle pa-

ra que no me descubriese anoche. ¡Ocúltese en
la cama! ¡Pronto!

—¿Gaby, por Dios... a mi edad?

—¡No replique!

El notario se metió en la cama, cubriendose
totalmente con la colcha.

Momentos después entró, vistiendo una ridí-
cula levita, y con un pequeño ramo de flores
el marsellés Marius.

—¡Preciosa! —dijo, cogiendo entre sus fuer-
tes manos a la artista y alzándola en vilo.

—Pero, Marius, ¿se ha vuelto usted loco?

—Es la alegría de tenerte junto a mí. ¡Oh,
Gaby, tú has trastornado mi inteligencia. Te
llevaré a Marsella... Quiero que la conozcas.
Verás como nos vamos a divertir.

—Yo conozco Cannes, Deauville, Luchón.

—Todo eso no es nada... Allí verás los puen-
tes, La Cannebière, te llevaré al mar.

—¿Y si me ahogo?

—Confía en mí. Mis brazos de titán te sal-
varían.

De nuevo volvieron a llamar y se presentó
la doncella, esta vez con muestras de pánico.

—¡Señora!... ¡Señora!... Están ahí dos damas.
Dicen que vienen en busca de dos esposos ca-
laverales.

—¡Horror! —exclamó Gaby, pensando que
serían la mujer de Gerardo y la del notario—.
¡Ocúltense ahí pronto, Marius, por favor!

—¿Dónde?

—¡En el armario! ¡Oh, qué compromiso!

El de Marsella se escondió en un armario de

luna, y momentos después entraban Mariana y la señora Bonichón, las dos amenazadoras y terribles.

Dos esposas puestas de acuerdo son peor que un huracán, y así lo comprendieron Gerardo y Bonichón, que desde sus respectivos escondites temblaron ante aquel conflicto.

Gaby, demostrando gran serenidad preguntó qué querían.

Las dos mujeres estaban locas. La señora Bonichón exclamó:

—Venimos a matar a esos dos perjuros que tiene usted escondidos.

—Están ustedes en un error. Aquí no hay nadie.

Y riendo salió del cuarto, acometida por una idea diabólica. Magnífica ocasión para vengarse de todos. De las esposas y de sus maridos, incluso de Gerardo, que la había abandonado para casarse con otra. Y como era un espíritu frívolo, incapaz de amar con fidelidad y siempre dispuesta a cambiar de dueño, se quiso reír de todos ellos, y apagó el contador de la electricidad.

Ya la habitación a oscuras, las dos mujeres comenzaron a gritar, y entonces los tres hombres salieron de sus escondites para dirigirse hacia la puerta y escapar. Pero el criado japonés, que había oído el escándalo, tuvo la ocurrencia de volver a encender las luces y las dos señoras, que se habían peleado en las sombras por equivocación, vieron a sus respectivos ma-

ridos y al tío Marius... Y la sorpresa fué indescriptible.

Entró la doncella y tuvo un ataque de risa ante la vodevilesca situación.

El notario, asustado, pidió perdón a su mujer quien se lo otorgó a regañadientes, pero diciéndole que en lo sucesivo no saldría nunca solo, ya que ella había perdido la confianza.



Y la sorpresa fué indescriptible.

Gerardo, arrepentido de su aventura que había estado a punto de romper la felicidad de su hogar, suplicó a Mariana:

—Perdóname, yo te explicaré...

Y como Mariana era un corazón de oro, acabó olvidando...

El tío Marius, fracasado en su intento con

Gaby, se dedicó ahora a cortejar a la doncella.

—¿Quieres venir conmigo a Marsella? Te gustará mucho más que París.

Y la criada parecía dudar, pues aquel señor hablaba de grandes propiedades. Si fuese con buen fin, era cuestión de pensarla.

Gaby se había vestido rápidamente y salía de la casa, dejando que se las entendieran entre sí los personajes de la farsa...

En la escalera encontró al hijo del notario. Y, risueña, le cogió de un brazo y se fué a paseo con él... Iba a ser su amiguito del día, del hoy... Mañana, su corazón frívolo, de mujer que jamás serviría para reina de hogar, ni para felicidad duradera, apresaría entre sus mallas a cualquier otro hombre...

FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de "Ediciones Bistagne" y se los remitiremos seguidamente

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Díarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reportero del diablo.
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelko · 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. Es defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo.
81. El camello negro · 82. A toda marcha · 83. Me voy a París · 84. Gordas y flacas · 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo pródigo · 87. La aventurera · 88. Tres muchachas francesas · 89. El temerario · 90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura · 92. Rascacielos.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones especiales

ÚLTIMOS ÉXITOS PUBLICADOS:

M A M Á

por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, etc.
Es un film español perfecto en perfecto español

ERAN TRECE

En español. Por Manuel Arbó, Juan Torena,
Ana María Custodio, etc.

CHERI-BIBI

por Ernesto Vilches, María Ladrón de Gue-
vara, María Tubau, etc.

MAÑANA:

CAMAROTES DE LUJO

por Edmund Lowe y Lois Moran

RECUERDE:

MARIANITA

por Janet Gaynor y Charles Farrell

Precio popular: 1 pta.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!



Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
